Gómez se reelige en 1929, porque sea imposible al pueblo armarse y echarlo a donde merece. Esta no es una solución; sino un aplazamiento. Gómez y su cuadrilla de fascinerosos acabarán entonces de malabaratar el país, y cuando llegue la Revolución, ésta encontrará una situación peor que la que ha encontrado el pueblo mexicano, más fuerte y por tanto más dueño de sí, después de la caida del porfirismo.

Gómez sustituye un fantoche cualquiera, un general de su escolta o un Arcaya de sus perreras seudocientíficas, en la Presidencia. El resultado será idéntico, pues el general conservará el ejército y la resolución de todos los asuntos. El despotismo no tiene ninguna salida decorosa. Ni siquiera llamando a elecciones libres, pues éstas serían in-sinceras y darían siempre por resultado la imposición de un testaferro encharreterado o emborlado.

Gómez es derrocado, sin guerra, por la presión cada vez más poderosa de la opinión pública. Esto, aunque difícil, puede muy bien ocurrir, dado el odio mortal que siente ya el pueblo venezolano contra su verdugo vitalicio. O bien, se iniciará una guerra más o menos terrible y costosa entre el dictador, sostenido por un ejército ciego y mercenario, y el pueblo. En ambos casos, Venezuela entrará en una nueva faz de su historia.

Esta nueva faz se caracterizará por el anhelo de progresar políticamente, para sumarse a las naciones que como México, Uruguay, Argentina, están en pleno período de transformación social, con amplias vistas hacia un porvenir mejor; o siquiera para, modestamente, alcanzar dentro del simple y ya retrasado ideal democrático, una forma de convivencia colectiva pasable, como las demás naciones del continente.

En ambos casos, y por primera vez, después de su independencia, nuestro pueblo tropezará con un inconveniente magno: la intromisión de las potencias extranjeras en su organización interna. Hasta ahora, Venezuela, en su calidad de pueblo pobre, había podido vivir a sus anchas, en paz o en guerra, como mejor le ha venido en gana. Ya la caída de Castro obedeció, en parte, a la influencia yanqui; pero ésta no ocurrió sino al llamado de Gómez, que pidió subrepticiamente barcos de guerra americanos para impedir el desembarco de su antiguo amo. Después de la guerra europea, las circunstancias han cambiado enormemente: Venezuela es al presente el primer país petrolero del mundo, después de Estados Unidos. Esta mina imprevista se la comparten gozosamente yankis e ingleses, que se se han apoderado de ella en condiciones leoninas galantemente dadas por el déspota necesitado de dinero y favor. Es lógico pensar que yankis e ingleses querrán, como hasta ahora, conservar a Gómez a toda costa en el dominio y usufructo de sus tres millones de esclavos. Pero en el caso de que, a pesar de todo, lo vean sucumbir, querrán, a no dudarlo, mantener en el poder a un presidente o a una camarilla más o menos semejante a la anterior: que dependa del apoyo extranjero y que pague tan espléndidamente como ha pagado Gómez. Hasta qué punto el pueblo venezolano podrá contrarrestar estas pretensiones, y aplastar a los que se presten a continuar el sistema gomista, es el gran problema nuevo, y del cual dependerá ahora su aptitud misma para subsistir como nación independiente. ¿Tienen los centenares de miles de venezolanos expatriados, una noción clara de esta situación? ¿Tiene el núcleo venezolano que ha quedado treinta años a ciegas, en la servidumbre y el dolor, encerrado a piedra y lodo en la hacienda de Gómez, una conciencia viva sobre esto? Si la tienen será invencible y tendrá un porvenir magnífico la nación que más y por mayor tiempo ha padecido en América por causa del autocratismo.

De todos modos, es necesario que el